

Diciendo esto, se alejó del caballete y tomó asiento. La señora Gertrúdis puso el codo sobre la rodilla y la barba en el hueco de la mano para oír más atentamente; el padre Antonio y el General se dispusieron también á escuchar, y parecía que los tres esperaban un relato interesante. Guillen dijo:

—Cumpliendo el encargo de la Marquesa, á las ocho de la mañana ya estaba yo en pié, y corría hácia la calle del..... Infierno, número..... quésé yo cuántos, en busca de una paralítica. Llegué á un casucho, cuyo estrecho portal abría paso, por medio de un callejon lóbrego, á un patio más lóbrego todavía. Yo buscaba el número 7 de este patio, y viendo dos mujeres que hablaban á la entrada del callejon, les pregunté para no perder tiempo, y una de ellas me contestó:

—Allí; señalando con la mano la puerta que yo buscaba.

Llegué y dí un golpe con la palma de la mano, y nadie contestó.

Esperé, y volví á llamar con los nudillos de la mano derecha, y no obtuve respuesta alguna.

Llamé de nuevo, valiéndome del puño del baston, que sonó sobre la madera de la puerta con eco sordo, como si golpeára la baldosa de un sepulcro, y tampoco me contestó nadie.

Entónces me volví á las mujeres á quienes ántes habia preguntado por el número 7, y les dije:

—No contestan.

—Ya lo creo, respondió una de ellas.

—¿Por qué? pregunté yo.

—Toma, replicó la otra, porque no.

—¿No vive en ese cuarto una mujer paralítica?

—Sí, ahí duerme, me contestaron las dos.

—Entónces..... insistí yo.....

—Entónces, añadieron ellas, puede V. estar llamando hasta el día del juicio.

—¿Pues?

—Figúrese V. que es muda como un poste.

—¿Pero oye?

—Vaya si oye.

—¿Por qué no abre?

—Caballero, exclamó una de las dos, sol-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFUNSO REYES"

No 1625 MONTERREY, MEXICO

tando el trapo á reír. ¿Cómo quiere V. que abra, si hace una hora que salió de casa, arrastrándose como una culebra?

Al ver que me dirigia á la calle, la otra mujer me gritó, diciendo :

— Si corre prisa, apriete V. el paso y la encontrará en la calle de Alcalá, junto á la puerta del Cármen; allí pide limosna.

Salí apresuradamente, dejándome á la espalda las carcajadas de las dos mujeres. ¿Qué tal la primera parte de mi historia?

— Muy bien, contestó la Marquesa. Me parece algo cómica.

— Vamos á la segunda parte, añadió el General.

— La segunda parte, siguió diciendo Guillen, es melo-dramática. Intervienen en ella tres personajes, bastante curiosos cada uno por su estilo. Me encontré en la calle algo corrido por la burla de que habia sido objeto, y no muy seguro del partido que debia tomar. Ante todo, mi propósito era complacer á la Marquesa. No queria venir á esta casa sin haber visto ántes á la paralítica, porque hubiera sido exponerme á las

burlas de la Marquesa. Hé aquí un médico, me habria dicho, un sabio médico, capaz de dar con la cuadratura del círculo de la vida, que no ha sabido encontrar á una pobre enferma, que cualquier corazon bondadoso habria encontrado al instante; y en seguida me hubiera presentado con admirable aplomo y cruel sonrisa este horroroso dilema: Ó la caridad sabe más que la ciencia, ó es V. un médico del cual huyen hasta los enfermos que no pueden andar. Ya comprenden ustedes que era preciso ver á la paralítica ántes de venir á esta casa. Pero, ¿dónde encontrarla? La mujer habia dicho: en la calle de Alcalá; junto á la puerta del Cármen, pide limosna; mas esto podia ser el complemento de la broma. No obstante, emprendí el trote hácia la calle de Alcalá, y llegué á la esquina de la calle de las Torres. Me detuve y respiré.

— ¿Estaba allí? preguntó el P. Antonio.

— Allí estaba, contestó Guillen; pero por de pronto me ocurrió una duda terrible. ¿Era aquélla la paralítica que yo buscaba? Porque la Marquesa no me dió más señas

que las de la calle, las de la casa, las del cuarto y la de la enfermedad..... el nombre se le quedó en el tintero.

—Es verdad, doctor, dijo Luisa; creí que el nombre era inútil, pero la señora Gertrúdis lo sabe.

—Se llama Juana, añadió ésta.

—Á buena hora, siguió diciendo el médico. Además, ¡Juana! Como si no hubiera Juanas en el mundo. Pero vamos al caso; yo vi sentada junto á la escalinata de la iglesia, en una silla pequeña, una mujer jóven aún, pero vieja ya, sumamente demacrada, aunque mi instinto médico me advirtió al instante que nunca debió haber sido gruesa. Se hallaba inmóvil, con la mano derecha abierta y extendida sobre la rodilla. Era necesario no ser médico para desconocer que aquella mano carecía de todo movimiento. Mas la vida que se echaba de ménos en el brazo inmóvil, parecía agolpada en los ojos; sobre todo en el momento en que yo, colocado á cierta distancia, examinaba de primera intencion el aspecto de aquella ruina humana. La parálitica miraba con ojos desencajados por la

ansiedad de ver, al ventanillo de una berlina que acababa de pararse delante de ella. Hubo un momento en que temí que los ojos de la parálitica saltáran fuera de las órbitas, y dirigí mis miradas hácia el coche. Delante de la portezuela de la berlina se hallaba un lacayo adolescente, sano como una manzana, blanco como la nieve y rubio como el oro; tenía en la mano su magnífico sombrero de castor. Por el ventanillo asomaba una cara de ángel, bañada por cierta expresion de tristeza, indicio de algun padecimiento latente, pues todo advertia en ella que se hallaba en el momento más risueño de la juventud; pero donde no hay salud, no hay alegría.

La Marquesa movió la cabeza con ademán dudoso, y siguió dibujando; mas Guillen lo advirtió y dijo:

—Señora, lo que acaba V. de oír es casi un aforismo.

—Lo mismo me da, replicó Luisa; pero ¿qué quiere V.? contra ese aforismo se encuentran en el mundo muchos enfermos alegres, contentos de padecer, que toman los

males por beneficios, que sonrien en medio de los más crueles dolores.

— Marquesa, replicó á su vez el doctor, eso se cuenta de los santos.

— Justo, añadió Luisa; luego en la santidad consiste la verdadera alegría.

Viendo el General indeciso á Guillen, salió en su auxilio, diciendo :

— Algunas veces tiene esa regla sus excepciones. Por ejemplo, me parece que el profeta Jeremías se pasó la vida llorando, y creo que fué un santo.

Esta vez apartó la Marquesa los ojos del lienzo en que dibujaba, para dirigir al General una sonrisa de burlona benevolencia. Sabía que el entendimiento del ilustre veterano era bastante ménos agudo que su espada, y que en punto á instruccion, no pasaba de la indispensable para desplegar unas guerrillas ó emprender una retirada. En nuestros tiempos las armas y las letras no suelen hacer buenas migas.

El padre Antonio dijo :

— En efecto, Jeremías lloró; mas no fueron, por cierto, sus propias desgracias.

— Sea como quiera, añadió el médico reanudando su interrumpida relacion, el caso es que el lacayo se apartó de la berlina y se dirigió á la parálitica, que no apartaba los ojos de la ventanilla del coche, clavados como dos saetas en el rostro angelical de la hermosa jóven, de tal modo, que, al parecer, no reparó en la moneda de oro que el lacayo dejó caer en su mano. Un instante despues partió la berlina, llevándose detras las ansiosas miradas de la parálitica, que mostraba en el hueco de su mano inmóvil la moneda de oro que acababa de recibir. En esto apareció — pues yo no sé por dónde vino — delante de la pobre mujer un nuevo personaje, tipo especialísimo de esa raza enclenque y astuta, que Madrid engendra al calor de todos los vicios; ojos llenos de malicia, lenguas llenas de blasfemias, rostros en los que aparecen á un mismo tiempo la degradacion y la audacia. Si estos seres, que forman en las grandes poblaciones la verdadera hez de la sociedad, tienen juventud, el que apareció delante de la parálitica era jóven, y presentaba en su vestido el aspecto deplorable

del lujo marchito; llevaba la degradacion en el traje, lo mismo que en la frente. La paralítica, al verlo, cerró los ojos, como si hubiera querido huir de su presencia, como si aquel sér le inspirára horror, como si viera en él un verdadero monstruo. Entónces el personaje de aspecto patibulario se inclinó, hizo una mueca horrible, y con la mayor frescura tomó la moneda de oro que brillaba en la mano de la mujer, y metiéndosela en el bolsillo del chaleco, echó á andar como si tal cosa. Todo esto fué rápido como el pensamiento, y yo sólo pude observarlo. Me acerqué á la mujer y le dije: «Le han robado á V.» Al oír mi voz alzó los párpados, fijó la vista en el hueco vacío de su mano, y levantó los ojos al cielo con una expresion de dolor y de ira indescriptibles. «Aquél es el ladron, añadí señalando al hombre que muy sosegadamente subía por la calle del Caballero de Gracia.—Sí, me contestó la mujer, agitando expresivamente la cabeza.— Á ése....», grité lanzándome detrás del ladron. Algunos transeuntes se detuvieron y gritaron conmigo: «Á ése..... á ése.....» El fugi-

tivo apretó el paso, cruzó á la acera opuesta, y ántes de ganar la primera esquina, fué detenido por dos guardias municipales, que enterados por mí de lo ocurrido, lo pusieron delante de la paralítica. Inmediatamente se reunió un círculo de curiosos. Yo dije: «Este hombre ha robado una moneda de oro.— Miente V., contestó el bribon con pasmosa sangre fria.— La ha cogido, añadí yo, despreciando el insulto, de la mano de esta pobre mujer, que acababa de recibirla de limosna.— Señores, exclamó el tunante, este hombre está loco; y dando á su fisonomía y á su acento expresion y tono de afliccion, exclamó casi llorando: ¿Cómo habia yo de robar á mi madre?— ¡Es su madre! exclamaron á mi alrededor algunos de los circunstantes.» El recurso era atrevido, quise confundir su audacia, y dirigiéndome á la mujer, la pregunté: «¿No es este infame el que acaba de robarle á V. la moneda de oro?» Bajó la paralítica los ojos, dos lágrimas fluctuaron en sus párpados, y moviendo lentamente la cabeza, ¡pásmense ustedes! dijo que no. Yo me quedé atónito, un murmullo

amenazador circuló alrededor mio, me encogí de hombros y traté de alejarme, y lo conseguí; pero fué en medio de una silba espantosa. Ésta es la historia.

—¿Y cómo se explica eso? preguntó el General.

—Muy sencillamente, contestó la señora Gertrúdis. Juana..... está sufriendo un gran castigo. El ladrón es su propio hijo.

—Bien, añadió la Marquesa contemplando su obra. Despues de todo, tenemos que se ha venido V., señor doctor, sin averiguar el estado de la enferma.

—Señora, contestó el médico, estado incurable. Sólo un milagro puede arrancar de sus miembros la mortal parálisis que padecen. Ha perdido el uso de la lengua. La causa de su enfermedad es un derrame, que ha debido proceder de una congestión cerebral, de la que sólo ha podido salvarse á medias, dejando, digámoslo así, medio cuerpo en la sepultura; padece una *hemiplegia*.

—Vamos, señora Gertrúdis, dijo la Marquesa retocando su obra, ilumine V. el entendimiento de nuestro sabio médico, descu-

biéndole el origen de esa enfermedad incurable.

Tomó la palabra la señora Gertrúdis, y á su modo contó la historia de Juana, con todos los pormenores con que nosotros la conocemos, y concluyó diciendo:

—Al ver su casa ardiendo y su tesoro robado, todos creimos que se había vuelto loca..... Aquella noche le entró una calentura tan fuerte, que parecía tener el infierno dentro de la sangre. Despues no ha vuelto á levantar cabeza.

—Me parece, dijo el padre Antonio, que se reunen en esa infeliz mujer dos enfermedades, una del cuerpo y otra del alma. La primera, segun el doctor, es incurable; puede ser que la segunda no sea tan rebelde.

—Y bien, preguntó el General dirigiéndose á la señora Gertrúdis, ¿qué fué de Magdalena?

—No se ha vuelto á saber de ella, contestó Gertrúdis.

—Ea, exclamó la Marquesa, aquí está mi obra. Prohibo toda lisonja. General, con

franqueza, con lealtad, ¿hay en estas líneas algo del rostro encantador de la hermosa inglesa?

Las cuatro personas que se hallaban en la estancia se acercaron al caballete, y ella siguió diciendo :

— Tengan ustedes en cuenta que esto no es más que un ligero bosquejo, un mero apunte, en que únicamente se marca lo más característico de esa bella fisonomía. Añadan ustedes con la imaginación, que todo lo ve, una tez de azucena ligeramente sonrosada; animen ustedes con el carmin suave de la juventud los puros contornos de esa boca, en cuyos movibles labios se anuncia una dulce sonrisa; imaginen ustedes que al traves de la rasgada sombra de los párpados brillan dos ojos de un azul profundo, y dígame V., General, si he acertado á retrarla.

— Señora, contestó éste, es imposible desconocer la semejanza que existe. Para retrarla de ese modo es necesario haberla visto.

La Marquesa se sonrió, y Guillen dijo :

— No sé á qué original se refiere este re-

trato; de seguro yo no lo conozco; pero ¿saben ustedes á quién se parece? Al ángel de la berlina, á la que dió la moneda de oro á la paralítica..... y ahora caigo..... era..... sin duda alguna..... la hija de Lord Walbrook, de cuya hermosura todo el mundo se hace lenguas.

Miró Luisa al sacerdote con expresion de tierna alegría, y le dijo :

— Padre Antonio, ya ve V. ¿Debo creer que es ella?

— La semejanza, contestó el padre Antonio, parece indudable.

La señora Gertrúdis continuaba embobada contemplando el semblante trazado por el lápiz en el lienzo, como si no acabára de enterarse, y al fin exclamó :

—Vamos..... yo conozco esta cara.

La Marquesa se acercó al padre Antonio y le dijo por lo bajo :

— Dios nos ha oído.

Y volviéndose á los demas, añadió con alegre satisfaccion :

— Señores, no me negarán ustedes que he conseguido un verdadero triunfo.

— Triunfo completo, exclamaron todos, ménos la señora Gertrúdis, que continuaba absorta delante del caballete, sin apartar los ojos del lienzo.

CAPÍTULO V.

Batalla campal.

Entró Mari en la habitacion de Herminia llevando en la mano una bandeja de plata, y sobre la bandeja una carta. La hija de Lord Walbrook, que parecia abismada en profundas reflexiones, apartó la bandeja despues de fijar un instante los ojos en el sobrescrito de la carta.

Por el ademan con que apartó la bandeja, y por la expresion de desden con que miró el billete que Mari le presentaba, dejó adivinar que no queria ser interrumpida en la íntima ocupacion de dar vueltas á su pensamiento; pero la doncella insistió reiterando la presentacion de la bandeja. Entónces Herminia le dijo:

— Mari, mostrais demasiado empeño en que lea esa carta.